

El asedio de Zaragoza (1808-1809) a los ojos de los soldados polacos

GRZEGORZ BAŁ
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

El asedio de Zaragoza (1808-1809) en los relatos de los soldados polacos. La importancia del libro *El asedio y la defensa de Zaragoza* de Józef Mroziński. El futuro general es testigo de la formación de la nación española moderna.

PALABRAS CLAVE: Historia de España del siglo XIX. Historia de Polonia del siglo XIX.

ABSTRACT

The siege of Saragossa (1808-1809) in the stories of Polish soldiers. The importance of the book of Józef Mroziński *The siege and the defence of Saragossa*. The future general witnessing the formation of the modern Spanish nation.

KEY WORDS: History of Spain of the XIX century. History of Poland of the XIX century.

(...) Un ejército de ochenta mil soldados tuvo que retirarse de todas partes. ¿Por qué? Porque se levantó la nación. Es un gran acontecimiento que ocurre muy raras veces. Pocas naciones son capaces de llevarlo a cabo, aunque muchas presumen de ello¹.

Para muchos polacos del siglo XIX y numerosos del siglo XX la guerra en España se resumía en unos cuantos acontecimientos bélicos que demostraban la heroicidad y la extrema valentía del soldado polaco. El hecho se explica, por

¹MROZIŃSKI, J. (1987): "Oblężenie i obrona Saragossy, w latach 1808 i 1809" (Warszawa, 1819) en *Dzieła wszystkie*, t. II, ed. Zofia Florczak, PAN, Wrocław.

lo menos en parte, por la situación en la que se encontraba Polonia en aquel entonces. En 1795 el país quedó borrado del mapa de Europa y no recuperó su independencia hasta el final de la Primera Guerra Mundial (1918). En el siglo XIX sólo esporádicamente consiguió mejorar su situación. En este contexto del fracaso e impotencia frente a las potencias que ocupaban el país, las victorias militares de las tropas polacas tenían muchísima importancia, se convertían en acontecimientos memorables y esperanzadores.

En la conciencia y la mitología nacional polaca un lugar muy destacado lo ocupa la carga de la caballería ligera de la guardia por el paso de Somosierra (3.10.1808). La mayoría de los españoles ni sospechan la importancia de este lugar en la cultura de una nación situada al otro lado del continente². La carga en sí era un hecho realmente insólito. Ciento cuarenta jinetes polacos en ocho minutos consiguieron romper las defensas españolas ubicadas a lo largo del desfiladero y en su cima. Las tropas españolas de los alrededores contaban con más de diez mil soldados. La victoria del escuadrón de la caballería ligera polaca (*szwoleżerowie*), mandado por Jan Leon Koziętulski, abrió a los franceses el camino hacia Madrid, y a los propios jinetes el camino hacia el “panteón nacional polaco”.

El tema de “Somosierra” se prestaba para convertirse en mito. Los historiadores de guerra, también los de hoy en día, confirman la valentía y hasta la locura de los jinetes polacos. Además, se trataba de una batalla entre los ejércitos, la tropa menos numerosa ganaba a la más numerosa, el más débil pero valiente ganaba al más fuerte. Era una historia “limpia”, alejada de los horrores de la guerra.

No es el caso del otro mito español en la cultura polaca, el del asedio de Zaragoza. Según el profesor Jan Kieniewicz se trataba más bien de un complejo o un “antimito” y de un sentimiento de culpa creciente con el paso de tiempo³. Kieniewicz sitúa el asedio de la capital aragonesa en el contexto general de la participación polaca en la guerra de España y cita la opinión del más destacado historiador polaco de la primera mitad del siglo XIX, Joachim Lelewel (1786-1861), quien en 1830 escribió:

Los polacos tenían que luchar en España con gente que no había hecho daño alguno ni a ellos ni a su causa nacional; con esto ganaron una triste fama de que se puede servir a la causa estando al servicio extranjero y contando con la merced ajena⁴.

²En el mismo pueblo de Somosierra hoy en día hay colgada una placa que conmemora la famosa batalla y gracias al esfuerzo del párroco de la localidad hay también un pequeño museo. Cada año tienen lugar unas celebraciones con presencia de la Embajada Polaca y el Alcalde del pueblo. Todo ello demuestra la generosidad de los españoles, quienes saben honrar la valentía de los que no hace mucho tiempo eran invasores.

³KIENIEWICZ, J. (1988): “España en la mitología nacional polaca” en: *Estudios Hispánicos*, I, Kraków.

⁴LELEWEL, J. (1836): “Polska odradzająca się, czyli dzieje Polski od roku 1795”.

LOS SOLDADOS POLACOS CRONISTAS DEL ASEDIO

Entre las memorias de los soldados polacos que participaron en el dramático evento destacan dos libros: *El asedio y la defensa de Zaragoza en los años 1808 y 1809*⁵ de Józef Mroziński y *Memorias de un oficial polaco (1808-1812)*⁶ de Henryk Brandt. Cabe mencionar también un relato anónimo titulado *Zaragoza en el año 1809*⁷.

Józef Mroziński (1784-1839) nació en la aldea Koniuchy en Galitzia (Galicia, la repartición austriaca del territorio polaco). En 1807 se alistó a la Legión Polaco-Italiana, que posteriormente se transformó en la Legión del Vístula. En España luchó entre otros lugares en Zaragoza y Sagunto. Llegó a ser el edecán del mariscal Suchet. Continuó su carrera militar en el ejército del Reino de Polonia, consiguiendo en 1829 el grado de general. Durante la Insurrección de Noviembre (1830-31) trabajó en el ministerio de defensa del Gobierno Nacional. Tras la derrota de la Insurrección fue deportado al interior de Rusia. Regresó en 1833.

El “general-lingüista” Józef Mroziński, nacido en el territorio polaco anexionado por Austria en la primera repartición, estudió en las escuelas austriacas en Lwów, que entonces eran de lengua alemana. Antes de publicar su trabajo *El asedio y la defensa de Zaragoza* había hablado más y mejor en francés que en su lengua materna, el polaco. Su libro publicado en 1819 obtuvo un gran éxito, pero fue criticado por el mal idioma y el estilo. A raíz de ello Mroziński empezó a dedicarse al estudio de la lengua polaca. En 1822 publicó *Pierwsze zasady gramatyki języka polskiego (Primeras reglas de la gramática de la lengua polaca)*. En este y en otros trabajos el ex-combatiente de Zaragoza explicó la importancia de la alternancia en la flexión polaca, diferenció bien las letras de los sonidos e intentó la transcripción fonética. Participó también en los trabajos de la comisión nacional de ortografía. Mroziński es considerado el más importante lingüista polaco anterior a Jan Baudoin de Courtenay (1845-1929)⁸.

Henryk Brandt (1789-1868) nació en Łąki, cerca de Bydgoszcz, hijo de un funcionario alemán. En 1806 sirvió en el ejército de Prusia. En 1808 pasó a la Legión del Vístula con el grado de subteniente. En España pasó cuatro años, combatiendo entre otros lugares en Zaragoza, Tortosa y Valencia. Luego participó en la campaña rusa. Desde 1815 sirvió en el ejército del Reino de

Dzieła, vol. VIII, Bruxelles, pp. 52-53.

⁵MROZIŃSKI, J., op.cit.

⁶BRANDT, H. (1904): *Pamiętniki oficera polskiego (1808-1812)*, Warszawa.

⁷AUTOR ANÓNIMO (1850): “Saragossa w roku 1809” en *Biblioteka Warszawska*, Warszawa, t. 4, pp. 9-17.

⁸URBAŃCZYK, S. (1992): “Mroziński Józef” en *Encyklopedia języka polskiego*, Wrocław, p. 208.

Polonia, posteriormente en el de Prusia, donde llegó al grado de general. Como oficial prusiano sofocaba la insurrección polaca de Wielkopolska en 1848. Brandt, indudablemente, no era un ejemplar patriota polaco, era más bien un militar ejemplar, para quien lo principal era su trabajo del oficial y su carrera militar. Etnicamente alemán, sentía orgullo por pertenecer a la Legión Polaca, sentía orgullo por ser un oficial polaco. En sus *Memorias* demostró gran simpatía y respeto hacia sus colegas polacos y un buen conocimiento de la cultura del país.

EL ANTIMITO DEL ASEDIO DE ZARAGOZA

Fueron los mismos protagonistas del cerco quienes con sus memorias contribuyeron a la formación del “antimito”. En este sentido, de todos los relatos sobre la conquista de la capital aragonesa destaca el libro de Józef Mroziński, publicado muy pronto, ya en el año 1819 en Varsovia (en 1858 en Cracovia). *El asedio y la defensa de Zaragoza* es el trabajo mejor documentado y más ecuaníme. Su importancia se deriva también del hecho de que fue un gran éxito y con eso quizás fue leído por más lectores.

El libro de Mroziński tiene dos protagonistas: el pueblo de la cercada ciudad y el ejército que intenta conquistarla:

El elevado carácter de los habitantes de Zaragoza que mostraron durante el asedio, es una de las más bellas imágenes que ha presentado la historia de las naciones desde los tiempos del cerco de Sagunto y Numancia. Por el otro lado, vemos en un país ajeno a un ejército poco numeroso, que lucha contra el hambre y toda la población de varias provincias, y que finalmente viene a través de esfuerzos y sacrificios extraordinarios, unidos a una destreza no conocida por sus enemigos, a rodear, cercar y finalmente conquistar la fortificada ciudad, defendida por destacamentos mucho más numerosos y con un inaudito encarnizamiento⁹.

Así que para Mroziński no cabe la menor duda de que esta era una guerra de independencia, además en varias páginas de su libro insiste que el verdadero protagonista de la contienda era el pueblo, el de Zaragoza y el de España:

(...) No era tan sólo una parte, ni una clase de los españoles, la que se levantó. Todas las clases del pueblo de trece provincias, que tienen costumbres e incluso idiomas diferentes y que se odian mutuamente, por su propia voluntad se dieron la mano¹⁰.

El pueblo de Zaragoza encontró a un magnífico comandante en la persona del general José Palafox, al que el autor polaco no ahorra elogios. Gracias a la buena organización de la defensa, la valentía de los defensores y el auxilio de la Virgen del Pilar en el que creyeron, el primer asedio fracasó. El segundo iba a durar dos meses, desde 20.12.1808 al 20.02.1809. El veinte de diciembre de

⁹MROZIŃSKI, J., op.cit., pp. 22-23.

¹⁰Ibidem, p. 46.

1808 en los alrededores de Zaragoza aparecieron los cuerpos de ejército de los mariscales Moncey y Mortier, que juntos contaban unos cuarenta y tres mil soldados. En el cuerpo del mariscal Moncey se encontraban unos mil soldados polacos de la Legión del Vístula, que iban a jugar un papel importante en la sangrienta batalla. Entre ellos se encontraba el futuro general, entonces capitán del primer regimiento de la Legión, Józef Mroziński. Su relato del segundo asedio y sobre todo de su fase final es demoledor:

Ya faltaba la tierra para enterrar a los cadáveres, cavaban fosos en las calles y en los patios, los transportaban allí desde las puertas de las iglesias, adonde las familias tenían la obligación de depositarlos. Delante de cada iglesia yacían amontonados los cadáveres envueltos sólo en sábanas, frecuentemente despedazados y desparramados por las bombas, causaban una imagen más horrible. Los asediadores ya estaban en la ciudad, los zaragozanos no tenían ninguna esperanza de recibir socorro. Las balas de cañones quebrantaban barreras de defensas; (los asediadores) ya estaban colocando minas debajo de las casas, las bombas llegaban a las partes más lejanas de la ciudad y la peste más horrible se propagaba en estos refugios, donde la destrucción de la guerra no había podido llegar todavía; y sin embargo los zaragozanos seguían siendo inquebrantables. Aquel estado lamentable no sólo no doblegaba sus mentes, sino fortalecía el encarnizamiento y la desesperación de estos inquebrantables ciudadanos; no tenían duda de que iban a caer, pero se iban acostumbrando más a la muerte, que a la imagen de la subyugación al extranjero. Juraron enterrarse debajo de las ruinas de la ciudad; rechazaron todas las propuestas de capitulación¹¹.

Otro fragmento:

Así el fervor de los zaragozanos crecía cada día. Se veía que actuaban hombres, a los cuales, sin distinción de la vocación ni del estado, dominaban con igual fuerza las mismas ideas: éstas eran la religión y el inquebrantable deseo de la independencia. (...) No la firme decisión del comandante, ni el rechazo a todas las propuestas de capitulación, ni siquiera aquellos enormes sacrificios que ha sufrido Zaragoza, constituyen el rasgo particular de esta extraordinaria defensa; lo constituye la firme decisión de cada uno de los habitantes de la ciudad, el voluntario sacrificio de todos ellos¹².

En otra página Mroziński describe la ciudad el día de la capitulación:

En este silencio de cementerio se asomaban (los zaragozanos), se acercaban con una curiosidad espantosa a sus vencedores, esforzando su vista, que se apagaba, algunos caían e inmediatamente morían. Durante los cincuenta y dos días de este extraordinario asedio en la ciudad perdieron la vida cincuenta y cuatro mil personas, de diferentes edades y sexos, es decir dos terceras partes de los militares y la mitad de los habitantes civiles, y también de los que se habían refugiado en la ciudad, pero provenían de otras partes. El día de la capitulación delante de las iglesias, en los fosos y en las calles de la ciudad yacían seis mil cadáveres, no enterrados aún. El aire contaminado mataba a los

¹¹Ibidem, p. 66.

¹²Ibidem, p. 68.

que habían sobrevivido. Parecía que pronto todos irían detrás de aquellos a los que no tenían fuerzas de enterrar¹³.

El asedio y la conquista de Zaragoza por parte del ejército francés y polaco era una verdadera hecatombe, que superaba todos los horrores que habían visto en España y en los que habían participado los soldados polacos. Además, muchos eran conscientes de que los habitantes de la “ciudad heroica”¹⁴ luchaban por los mismos ideales por los cuales ellos, provenientes de un lejano país, se habían alistado en el ejército.

El asedio y la defensa de Zaragoza destaca también las hazañas militares de los soldados polacos. El coronel y futuro general Józef Grzegorz Chłopicki se convierte en el principal protagonista. Gracias a su bravura las tropas invasoras consiguen penetrar en la ciudad. Dicha acción iba a inspirar un conocido cuadro pintado por January Suchodolski (1797-1875). Según Mroziński un granadero francés al ver el ataque dirigido por el oficial polaco “exigía que le explicaran de qué manera había sido posible la conquista del Reino de Polonia”¹⁵. La constante comparación de la valentía de los soldados polacos y sus colegas franceses está presente en la mayoría de los relatos de la guerra. El autor de *El asedio y la defensa de Zaragoza* para demostrar el papel privilegiado de sus compatriotas se apoya en el trabajo del coronel español Manuel Cavallero¹⁶, con el que, por otra parte, frecuentemente polemiza. Resulta que el oficial español, distinguido en la defensa de la capital de Aragón, con el regreso de Fernando VII tuvo que dejar su país, ya que simpatizaba con los partidarios de la Constitución de Cádiz de 1812. Mroziński menciona la visita del español en Varsovia (julio de 1818) y añade:

Aquel respetable desterrado de un país, al que ha dado tantas muestras de su apego, está ahora, cuando escribimos estas palabras, en Varsovia y encuentra no poco consuelo en su desgracia, viendo con qué gusto ven entre sí al defensor de Zaragoza aquellos polacos, quienes fueron testigos del heroísmo de esta ciudad; le llena también de no poca felicidad la noticia que en la lengua polaca van a ser publicados los actos que inmortalizan a sus compatriotas¹⁷.

En el caso de Józef Mroziński se puede observar como la despiadada lucha, a veces, hermana al vencedor y vencido. Ambos sabían reconocer las virtudes del contrario. Por otra parte, en Varsovia anno domini 1818, ambos podían proclamarse vencedores, pero, tal vez, ambos se sentían vencidos. El oficial polaco había conquistado una ciudad, pero perdió la guerra y su patria no ha recuperado la ansiada independencia. El oficial español podía enorgullecerse de la heroica defensa en la que había participado, pero dicha defensa

¹³Ibidem, p. 80.

¹⁴Ibidem, p. 66.

¹⁵Ibidem, p. 65.

¹⁶CAVALLERO, M. (1815): *Defense de Saragosse, ou relation deux Sièges- en 1808 et 1809*. Traduit de l'espagnol par M. Anglivier de la Beumelle, Paris.

¹⁷MROZINSKI, J., op.cit., p. 57.

significaba la destrucción total de la ciudad y para más desgracia la patria quedó finalmente liberada de la tropa extranjera, pero él fue desterrado.

Para los polacos, testigos presenciales del asedio y otros más numerosos que sólo sabían del cerco por la lectura, Zaragoza planteaba una cuestión moral difícil de resolver. Era un espejo en el que se veían a ellos mismos, preguntándose si serían capaces de realizar un sacrificio tan extremo. Esta difícil mezcla de ideas y de sentimientos trataron de domarla algunos escritores de los siglos XIX y XX, entre los cuales destacó Stefan Żeromski (1865-1924) con su novela *Popioły* (*Cenizas*, 1902-1903), epopeya sobre el destino de los polacos en los tiempos de las guerras napoleónicas, que al mismo tiempo presenta el problema de la formación de la moderna conciencia nacional polaca.

Los historiadores contemporáneos advierten la importancia del período de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX en la formación de la nación polaca moderna. La nación polaca de Rzeczpospolita hasta bien entrado el siglo XVIII fue una nación de los nobles, basada en el fundamento político, no étnico. Étnicamente abierta y tolerante en lo que se refería a la religión (hubo nobles polacos tártaros musulmanes), era socialmente excluyente. Con la Constitución de 3 de Mayo de 1791 y la Insurrección de Tadeusz Kościuszko (1794) se inició el proceso de la formación de la nación polaca moderna, que incluía en el concepto del ciudadano también a los burgueses y los campesinos, anteriormente marginados. Las legiones polacas en el extranjero constituían una escuela rápida del nuevo patriotismo polaco. En este contexto la guerra en España adquiere una nueva relevancia. Los legionarios polacos y los soldados de la División del Ducado de Varsovia vieron en la Península Ibérica a una nación naciente, observaron qué era capaz de conseguir un pueblo unido, aun teniendo delante a los mejores destacamentos de aquel entonces, entre los cuales, por supuesto, se contaban los regimientos polacos. Como escribe Mroziński:

El ejército, cuya sola aparición había abierto las puertas de las fortalezas prusianas, de Spandau, Kistrzyn y Magdeburgo, no pudo entender de qué modo su valentía ya en dos ataques a una ciudad no fortificada ha tenido que rendirse¹⁸.

Por supuesto, el análisis del transcurso de la guerra española era una cosa al alcance de tan sólo algunos de sus protagonistas. Sin embargo, la importancia de la experiencia ibérica reside en que una parte de los oficiales sobrevivientes iban a continuar su labor en el autonómico Reino de Polonia y constituir un fragmento relevante de la elite polaca. Y en España no sólo aprendieron de táctica militar. La gente como Mroziński vio y captó mucho más cosas del pueblo que luchaba por su independencia.

De todos modos, *El asedio y la defensa de Zaragoza* debe ser considerado como un libro excepcional y tal vez su mérito principal consiste precisamente

¹⁸MROZIŃSKI, J., op.cit., p. 38.

en saber advertir este singular momento de la historia española, cuando el pueblo se convirtió en su protagonista. Otros relatos del cerco no se fijan con tanta intensidad en esta circunstancia.

El desconocido subteniente del 2 regimiento de la Legión del Vístula en un relato más corto describió su participación en la batalla y los horrores del cerco¹⁹. El tono del relato no es nada épico, es una narración bastante simple que resalta la casualidad de la muerte y la crueldad de la lucha. Los asediadores sufren hambre y se roban burros unos a otros para comérselos. El subteniente utiliza la palabra “buryk” que es un neologismo del castellano “burro” y el sufijo polaco “-yk”. Sin embargo el autor del relato cuenta cosas muchísimo más graves que el robo de animales:

Antes del ataque definitivo vino a mi puesto el teniente coronel Stahl del cuerpo de ingenieros y viendo por un agujero de la puerta a una mujer con un muchacho que traían comida para alguien quien debía estar en nuestro flanco a orilla del Ebro, agarró el arma cargada de un soldado, apuntó por el agujero y disparó al muchacho que inmediatamente cayó al suelo²⁰.

Posteriormente, el subteniente narra cómo la mujer vengó la muerte de su hijo hiriendo al teniente coronel polaco. Otro fragmento del texto narra cómo los soldados polacos ebrios por la conquista del Monasterio de San José se llevaron de la iglesia las figuras de santos, las vistieron en uniformes militares y gorros y las apoyaron en los muros. Los españoles pensaron que se trataba de los asediadores y dispararon hacia las figuras, lo que provocó risa en las filas polacas. Escenas narradas por el desconocido teniente hacen pensar en soldadesca y no en los destacamentos ciudadanos, luchando por la libertad de su patria. Además, en este y en otros relatos del cerco estamos ante algo difícil de digerir para un polaco medio, la lucha contra los religiosos católicos y el sacrilegio de la destrucción y profanación de los templos.

Los habitantes de esta heroica pero desgraciada ciudad se apresuraban a las iglesias para rogar con la oración a Dios omnipotente por el socorro y el cambio del terrible destino, pero el veredicto cruel ya había sido dictado —el cielo estaba furioso. No se protegía a las iglesias, fueron minadas y voladas al aire junto con los que rezaban, quienes despedazados sufrían una muerte horrible²¹.

Durante la invasión sueca a Polonia del año 1655, el Monasterio de la Virgen Negra de Częstochowa consiguió defenderse ante los invasores. Desde entonces creció la fama de la que es considerada Reina y Patrona del país. Para muchos polacos era extremadamente difícil de aceptar este cambio de papeles, en que los soldados polacos atacaban una ciudad protegida por la Virgen y los defensores pedían su auxilio. Esta situación evidentemente supone un problema de conciencia para el subteniente.

¹⁹AUTOR ANÓNIMO, op.cit., pp.9-17.

²⁰Ibidem.

²¹Ibidem.

El oficial del segundo regimiento escribe también sobre la crueldad de los españoles:

Pero ¡Ay! del polaco o francés que cayera en sus manos. No podía esperar ninguna indulgencia; le torturarían o asarían vivo. El oficial polaco de apellido Pałowski cayó prisionero. Los españoles triunfantes le ataron a un tablero y le llevaron por la calle principal de Coso. Le iban a quemar vivo en una hoguera, pero por suerte llevaba en el pecho una imagen de la Virgen; cuando lo advirtieron, considerándole un verdadero cristiano le perdonaron la vida²².

Henryk Brandt, el futuro destacado general y estratega prusiano, entonces subteniente polaco, se centra en su narración en el “día a día” del asedio. Brandt reivindica la hazaña de los asediadores, afirmando que eran pocos y que los asediados eran más numerosos. Además insiste en la lamentable situación de los destacamentos franceses y polacos, por ser rodeados también por el enemigo, puesto que en todo Aragón operaban las guerrillas, que diezmaban la tropa y cortaban las vías de aprovisionamiento.

Pero es extraño que se alababa la valentía de los asediados, aunque los elogios debían corresponder a los asediadores²³.

El autor de *Pamiętniki oficera polskiego* tiene menos elogios para con los zaragozanos que Józef Mroziński, pero tampoco calla los horrores sufridos por parte de los habitantes de la ciudad y los actos poco elogiosos efectuados por parte de los vencedores. Está claro que tras la capitulación tuvo lugar el saqueo de la ciudad aragonesa:

Nuestros soldados, sin embargo, conocían con demasiada exactitud todos los caminos y pasos y desde el primer día empezaron “promenades en ville” de los cuales uno no regresaba con las manos vacías. Por la tarde del 21 de febrero en todo el campo ya había abundancia de vino, grandes trozos de tocino se guisaban en calderas, había montones de sacos con arroz, habas etc²⁴.

Los relatos del asedio de Zaragoza escritos por Józef Mroziński, Henryk Brandt y el subteniente anónimo merecen una nueva lectura como fuentes para la historia de las relaciones hispano-polacas. A los historiadores españoles esta lectura les aportaría nuevos datos acerca del singular evento del cerco. Los historiadores polacos, por su parte, deberían investigar la posible influencia de la experiencia ibérica de los soldados polacos en la formación del patriotismo y del nacionalismo polaco del siglo XIX.

²²Ibidem.

²³BRANDT, H., op.cit, p. 56.

²⁴Ibidem, p. 50.